

Josué y la obediencia a la Ley (Jos 1:1-11)

Ahora, al acercarnos al libro de Josué nos encontramos que los nueve primeros versículos están dirigidos a Josué. Leemos en:

(Jos 1:6) *“Esfuézate y sé valiente; porque tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra de la cual juré a sus padres que la daría a ellos.”*

Reflexionemos sobre estas palabras, porque están llenas de la misericordia y la gracia de Dios. De la misma manera que Dios había dado al pueblo un caudillo, Moisés (bien que él no pudo introducirles en la tierra prometida), ahora Dios les provee a Josué, que como recordaremos, es el nombre “Jesús” en griego y significa “Salvador”. Este Josué iba a ser el que Dios usara para que el pueblo heredara finalmente la tierra.

Notemos a continuación la insistencia de Dios a Josué para que cumpliera la ley que había mandado por medio de Moisés. Podemos verlo en:

(Jos 1:7-8) *“Solamente esfuézate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas. Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien.”*

Al leer esas palabras no podemos dejar de pensar en nuestro bendito Señor Jesucristo, porque nuestra salvación depende de su obediencia a Dios. Esta idea aparece en un pasaje en el Nuevo Testamento que se encuentra en:

(He 5:7-10) *“Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.”*

El mismo Hijo de Dios, quien podía dar órdenes a cualquiera de los ángeles, incluyendo el más elevado arcángel, los cuales obedecerían inmediatamente su mandato, no sólo se hizo humano, sino que aprendió la obediencia. Eso quiere decir que aprendió lo que cuesta obedecer y, habiendo pagado con ello un precio de sufrimiento muy alto, llegó a estar cualificado para ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.

¿Observamos el énfasis de estos versículos en el tema de la obediencia? Primero dice que él aprendió lo que era obedecer, y luego describe nuestra relación con él como creyentes, como una relación de obediencia.

¿Cuáles fueron las implicaciones de esa obediencia? Para saberlo, tendremos que meditar brevemente en:

(He 10:5-14) *“Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley) y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad*

somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.”

No podemos escapar en este pasaje a la importancia de la obediencia y devoción del Señor Jesucristo. Él vino para hacer la voluntad de Dios y, gracias a que la cumplió plenamente, nosotros ahora hemos podido llegar a ser justificados delante de Dios. Nuestra salvación, por lo tanto, depende de la obediencia de Cristo. Y para comprender cuánto le costó esto a nuestro bendito Señor, tendríamos que leer sus oraciones al Padre en Getsemaní. Y puesto que tal vez Marcos enfatiza este hecho más que los otros evangelistas, leamos:

(Mr 14:36) *“Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú.”*

Palabras breves pero tremendamente solemnes. Fijémonos en la expresión aramea que el Señor emplea “*Abba*” y que Marcos traduce después por “*Padre*”. Ésta era la palabra con la que el niño llamaba a su padre, pero debemos cuidar de no traducirlo como “papá” o “papaíto”. Era una palabra con la que el Hijo reconocía el amor del Padre hacia él y la intimidad de su relación, a la vez que expresaba la dignidad del Padre.

Ahora bien, escuchemos cómo oraba el Señor Jesucristo: Primero apela al amor del Padre hacia él para que pase esa copa, y luego añade “*todas las cosas son posibles para tí*”, con lo cual está apelando a su poder. Y no hemos de pensar que el Señor estaba actuando como un hipócrita, diciendo cosas que realmente no sentía, porque el autor de Hebreos nos dice que oró “*con gran clamor y lágrimas*”. Y enseguida continúa su oración diciendo: “*mas no lo que yo quiero, sino lo que tú*”. A esto precisamente se refiere el apóstol Pablo cuando dice en:

(Fil 2:8) *“Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”*

Por lo tanto, no debemos olvidar que nuestra salvación depende de la obediencia del Señor, lo cual se expresa en una terminología sencilla pero teológica en:

(Ro 5:19) *“Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.”*

Es un hecho que la desobediencia de un hombre en el huerto de Edén fue suficiente para pervertir toda la raza humana y así constituir pecadores a muchos. Y quizá alguien se queje por tener que sufrir como consecuencia de lo que otro hizo en el pasado, pero Dios contestaría a tal persona que de la misma manera está a su alcance la salvación gracias a lo que hizo uno, porque por la obediencia del Señor Jesucristo, los muchos son constituidos justos.

Por lo tanto, no deberíamos sorprendernos al volver a **(He 5:9)** y ver que nuestra relación con nuestro Salvador es descrita como una relación de obediencia: “*Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen*”.

Igualmente en la epístola a los Romanos, que desarrolla ampliamente los conceptos de salvación y justificación por la fe sin las obras de la ley, encontramos esta misma idea de salvación por la obediencia de la fe:

(Ro 16:25-26) *“Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe.”*

El mandato de Dios a la gente para que se arrepienta exige obediencia y, de la misma manera que comenzamos la vida cristiana con la obediencia, así también tenemos que continuarla.

Volviendo, pues, de nuevo a Josué y viendo que Dios le dice que él sería quien introduciría a su pueblo Israel en la herencia y que esto iba a depender de su obediencia a la ley de Dios dada a Moisés, yo no puedo evitar pensar en otro Josué, nuestro Señor Jesucristo, que fue hecho en todas las cosas semejante a sus hermanos, excepto en el pecado, y por cuya obediencia hemos sido salvados y por cuyo poder e intercesión somos invitados a tomar posesión de nuestra herencia.

Finalmente, encontramos la respuesta de fe de Josué. No le cabía ninguna duda de que el pueblo entraría en la tierra prometida; Dios le había comisionado para hacerlo y lo haría:

(Jos 1:10-11) *“Y Josué mandó a los oficiales del pueblo, diciendo: Pasad por en medio del campamento y mandad al pueblo, diciendo: Preparaos comida, porque dentro de tres días pasaréis el Jordán para entrar a poseer la tierra que Jehová vuestro Dios os da en posesión.”*